

G. Lora

LA REVOLUCION INDIA



La Paz-Bolivia
1984

ÍNDICE

CAPÍTULO I

- | | |
|--------------------------------------|---|
| 1. Fuerzas motrices de la revolución | 3 |
| 2. Clase obrera y campesinado | 4 |
| 3. La alianza obrero-campesina | 5 |

CAPÍTULO II

- | | |
|--------------------------|---|
| 4. Criollos y campesinos | 6 |
|--------------------------|---|

CAPÍTULO III

- | | |
|--------------------------------------|----|
| 5. El levantamiento de Oruro de 1781 | 11 |
|--------------------------------------|----|

CAPÍTULO IV

- | | |
|----------------------------------|----|
| 6. La revolución puramente india | 14 |
|----------------------------------|----|

CAPÍTULO V

- | | |
|---|----|
| 7. Perspectivas | 19 |
| 8. La revolución proletaria liberará al indio | 22 |

CAPÍTULO I

1. Las fuerzas motrices de la revolución de nuestra época

Vivimos la época de la revolución proletaria, de la revolución socialista mundial considerada como una unidad, integrada por la combinada de los países atrasados, por las socialistas de las metrópolis y por las políticas de los países dominados por los Estados obreros degenerados.

La revolución socialista mundial tiene sus leyes generales que se imponen en todos los países y se refractan en la realidad nacional. Las diferentes revoluciones se desarrollan, también conforme a sus leyes particulares, de aquí su tipicidad y, sí se quiere, su excepcionalidad. Dicho de otra manera, hay rasgos generales para todas las revoluciones y otros particulares según la estructura económico-social de los diferentes países.

Entre las leyes generales podemos citar la que se refiere a la madurez global de las fuerzas productivas para la revolución proletaria, desde dentro para las grandes metrópolis capitalistas y desde afuera para las regiones atrasadas; la superación de la diferencia entre países maduros y no para dicha revolución proletaria encuentra su fundamento en el desarrollo de la economía capitalista mundial considerada como una unidad superior, actuando por encima de las economías nacionales y subordinándolas.

Las revoluciones, importando poco dónde tengan lugar, tienen que ser hechas por las masas explotadas y oprimidas y su carácter esencial radica en ser mayoritarias. Solamente así puede consumarse la sustitución de una clase social caduca por otra revolucionaria en el poder que supone la destrucción del Estado burgués, o la recuperación del aparato estatal obrero por la clase proletaria de manos de la burocracia stalinista.

La revolución concebida de esta manera solamente puede darse por el camino insurreccional, esto pese a todos los progresos que hubiesen podido conocer los países donde impera la democracia formal o burguesa, esa dictadura encubierta de la clase dominante, según Lenin. El considerar el parlamentarismo como el camino adecuado que puede permitir la transformación del capitalismo en socialismo o el cogobierno con la burguesía como la receta capaz de trocar a ésta de clase reaccionaria en revolucionaria, siguen siendo formas de cretinismo que afirman la opresión y explotación capitalistas y perjudican seriamente al proletariado y a la mayoría nacional.

Las particularidades de la revolución en nuestro país capitalista atrasado, de economía combinada, arrancan no solamente de su obligado carácter combinado, sino de la peculiar mecánica de clases, expresión de las particularidades nacionales. La invasión del capitalismo desde afuera y la transformación (avance y retardo, al mismo tiempo) que ha impuesto al país, ha actuado como el factor básico que ha determinado esa particular mecánica de clases, en la que se asienta la particularidad de la revolución boliviana.

El proletariado minoritario, tan vitalmente imbricado en las masas oprimidas del agro, en el artesanado y la clase media de las ciudades, y la mayoría campesina, expresión social de la supervivencia del modo de producción precapitalista, constituyen las fuerzas

motrices de una revolución, que no tendrá más remedio que cumplir a plenitud las tareas democráticas (burguesas) para transformarlas en socialistas bajo la dictadura del proletariado, expresión política de la nación oprimida y particularmente de la alianza obrero-campesina.

La revolución boliviana, llamada a sacar al país de su atraso, esto cuando su desarrollo pleno e independiente ya no puede darse en el marco capitalista, se realizará, pese a tener que materializar las tareas burguesas contra la burguesía nativa que ya ocupa su lugar en la trinchera de la contrarrevolución. Como quiera que el proletariado tomará en sus manos el cumplimiento de las tareas burguesas hasta hoy incumplidas, éstas se proyectarán necesariamente hacia el socialismo.

2. Clase obrera y campesinado

El lugar que ocupan las clases sociales en el proceso de la producción determina su instinto y también su conciencia.

Entre las fuerzas motrices de la revolución, el proletariado es producto del modo de producción capitalista, representa al presente y a las fuerzas de la historia capaces de transformar radicalmente a la sociedad. Con mediación del marxismo encarnado en el partido revolucionario puede trocar su instinto comunista en conciencia, que no es otra cosa que el conocimiento de los objetivos estratégicos de la clase, conocimiento que emana de la revelación de las leyes del desarrollo y transformación de la sociedad. Protagonista central del trabajo y producción sociales es ya germen del comunismo, cuya materialización supondrá su disolución en la sociedad.

La transformación del proletariado en clase consciente se convierte en el problema clave del cambio revolucionario de la sociedad. Este fenómeno superestructural adquiere importancia decisiva para la transformación de la estructura económica material, claro que actúa dentro de los límites señalados por ésta.

Por encima de su número, del grado alcanzada en su alfabetización, de su mayor o menor pobreza, etc., constituye la clase revolucionaria por excelencia, por no ser propietaria, precisamente. El trabajo social le permite expresar los intereses generales, nacionales, de la clase, que tanto vale decir sus intereses históricos.

La clase obrera está llamada a ser caudillo nacional, a expresar, a través de sus propios planteamientos y de su afirmación como clase, los intereses de las masas en general, de los explotados y de toda la nación oprimida por el imperialismo. Esta dominación es nacional y no exclusivamente clasista; pero, lejos de atenuar o postergar la lucha de clases, la exacerba.

Es el proletariado conformado como clase, es decir consciente, el que se estructura políticamente como partido; sólo así puede superar las explosiones revolucionarias instintivas y asegurar la victoria de la lucha y su permanencia. Esto quiere decir que la minoría proletaria se convierte en la expresión política, en el portavoz y en la dirección de toda la nación oprimida. Por esta razón la revolución que acaudilla, la única que puede ser viable frente a la total caducidad de la burguesía nativa, será indiscutiblemente mayoritaria y en servicio de la mayoría nacional. La dictadura del proletariado asegurará, y esto por primera vez, una verdadera democracia en beneficio

de las mayorías nacionales, privando de sus beneficios a la minoría burguesa.

La ausencia de una burguesía revolucionaria en el país no ha permitido que el campesinado abandone la servidumbre y se trueque en asalariado.

Agrícola (minoritaria y excepcionalmente esto se da en el Oriente del país): sobrevive apegado al modo de producción precapitalista, particularmente a través de la pequeña parcela, es labrador independiente, aparcerero o trabaja en compañía, lo que significa que Bolivia no ha logrado poner los dos pies en el capitalismo.

Los oprimidos del campo (las naciones nativas) constituyen la estrata mayoritaria de la población, pero vienen del pasado precapitalista y en el presente defienden sus ligazones con la pequeña parcela.

El campesinado es, en definitiva, conservador, lo que no le impide ser una de las fuerzas fundamentales del proceso de la revolución. Sería absurdo encasillar a esta masa, de igual manera que a la clase media de las ciudades, en la contrarrevolución y concluir que el proletariado aislado es el que debe consumir la transformación revolucionaria. El campesinado y también las clases medias se rebelan contra el orden social existente porque para ellos resulta insoportable. Es en esta rebelión que se asienta la actividad revolucionaria del proletariado y así se convierte en caudillo nacional, en expresión política de la mayoría de la sociedad.

3. La alianza obrero-campesina

Si en el pasado el telón de fondo de la revolución burguesa fue la rebelión campesina, la revolución proletaria de nuestra época se desarrolla también en similar escenario.

Lo dicho no tiene que interpretarse como el estallido al mismo tiempo, simultáneo, de la lucha campesina y obrera a través de acciones armadas, sino como coincidencia en la etapa revolucionaria, que puede abarcar un lapso mayor o menor. La experiencia histórica boliviana es ilustrativa al respecto. Las jornadas de abril de 1952, en las que el proletariado define la lucha, expulsa del poder a la feudal-burguesía y destruye su aparato estatal, tienen lugar cuando los campesinos están físicamente ausentes de las calles y no libran combates, tardan un poco, muy poco, para incorporarse a la lucha de manera radical y acelerada. Pero, esas jornadas fueron el punto culminante del sexenio precedente, durante el cual la rebelión campesina es uno de los fenómenos dominantes.

El campesinado se desplaza hacia el polo proletario y lucha por la satisfacción de sus demandas, no sin antes, comprobar, a través de su experiencia, que la burguesía y sus diversas expresiones políticas carecen de capacidad para resolver los diversos problemas que plantean. Los explotados del agro están seguros que al apoyar y seguir a la clase obrera están luchando por sus propios intereses. Las reivindicaciones de las diversas clases sociales, al pasar a manos del proletariado, adquieren una insospechada proyección, esto porque se ensamblan con la lucha por el socialismo.

La alianza obrero-campesina quiere decir que las masas campesinas y la propia clase media de las ciudades, marchan por el camino señalado por la clase obrera, que tampoco en esta alianza, como en ninguna otra, deja de ser dirección política.

Cuando se dice el proletariado convertido en caudillo nacional, se están sintetizando los rasgos fundamentales de la revolución protagonizada por la nación oprimida por el imperialismo foráneo y planteando sus posibilidades políticas futuras.

La belicosidad y persistencia en la lucha convierten al campesinado en la fuerza propulsora más importante del proceso revolucionario. Su participación define la lucha armada y su ausencia de todo el proceso lo condena anticipadamente a la derrota. Se puede decir gráficamente que el proletariado llegará al poder en los hombros de los campesinos; sin embargo, estos últimos no logran convertirse en dirección política ni pueden estructurar una sociedad a su imagen y semejanza. Su potencia en el combate será capitalizada por el proletariado o por la burguesía. Si esto no sucede, por tal o cual razón, la "revolución campesina" se diluye en la derrota. Un poco más tarde los hombres del agro recomenzarán la lucha partiendo de cero. La imposibilidad de la victoria independiente del campesino está determinada por sus características clasistas y por la particular mecánica de clases que impera en nuestra época. En el pasado sucedió un fenómeno parecido porque en los centros urbanos se planteó, no pocas veces, la unidad de españoles y criollos con el artesano de la ciudad contra el agro, vale decir contra los campesinos.

En el presente ensayo nos esforzamos por descubrir las posibilidades para la efectivización de la liberación campesina en nuestra época, fenómeno que guarda estrecha relación con la existencia y actividad política (lucha de clases) del proletariado.

El campesinado es una clase-nación, que necesariamente plantea su derecho a su autodeterminación. En esta etapa de la lucha, caracterizada por la predominante presencia del proletariado, la clase revolucionaria por excelencia, se opacan los rasgos nacionales indígenas y se potencian los clasistas. Puede ser que después las naciones aymara, quechua, etc, se lancen a reivindicar e imponer sus demandas nacionales. La respuesta, al menos en el plano de la teoría, está ya formulada: el proletariado no puede oponerse a la liberación nacional de los actualmente oprimidos por la minoría blancoide.

Un repaso a algunos episodios de la lucha de los campesinos en el pasado nos ayudará a comprender el planteamiento que hemos hecho.

CAPÍTULO II

4. Criollos y campesinos

La rebelión campesina del siglo XVIII fue, ni duda cabe, una de las más grandes conmociones sociales que ha conocido el continente latinoamericano; esto no solamente por la descomunal extensión del escenario (desde Nueva Granada hasta el norte argentino), sino por sus implicaciones clasistas.

No se trató de un movimiento puramente campesino, contrariamente, obligó a las otras clases sociales a adoptar una determinada actitud y en esta medida les obligó a dar de sí todo lo que podían dar. Constituye, como se ve, un ensayo general de lo que

más tarde será la rebelión emancipadora de 1809 y otras conmociones sociales.

La importancia trascendental de estos acontecimientos radica en que han demostrado, en pleno siglo XVIII, la imposibilidad de que los campesinos se conviertan en clase dominante, en dirección política, y que, por tanto, puedan estructurar una sociedad total y limitadamente campesina. Las descomunales luchas campesinas no lograron darse una dirección única y centralizada. El localismo constituyó factor determinante (y que persiste en la actualidad).

En cierta manera las lecciones que se desprenden de esta historia vienen a confirmar las conclusiones del marxismo acerca del carácter de la revolución en los países atrasados de nuestra época.

Los historiadores han establecido que, en realidad, se desarrollaron paralelamente dos movimientos: el campesino y el criollo, y que constituye un grave error confundirlos (estos reparos pueden encontrarse en Boleslao Lewin, por ejemplo).

Los intereses diversos de las diferentes clases sociales de la colonia generaron movimientos diferentes entre sí, pero no aislados o de pureza clasista. Una y otra vez, en el tiempo y en el espacio, se entrecruzan y mezclan. El fenómeno tenía una base real: la común resistencia y repudio a la opresión de los españoles europeos y a las medidas económicas que impusieron.

Muchos indican que la causa del fracaso del levantamiento campesino no fue otra que el aislamiento de ambos movimientos y que la victoria habría llegado en caso de producirse una fusión o entendimiento entre ambos. Nos parece que el planteamiento es erróneo, no puede hablarse tan simplemente de una fusión de la insurgencia india (expresión de la servidumbre) con la criolla (usurpadora de la propiedad de la tierra), es preciso plantear con precisión el problema de la dirección india o criolla de la lucha contra los españoles. En realidad, los acontecimientos pusieron en el tapete y resolvieron estas formulaciones y no otras. Los que hablan tan sencillamente de fusión parecen ignorar que entre indios, criollos y plebeyos estaba el abismo de intereses diversos. La clave de la victoria era preciso buscarla en la posibilidad de que una u otra clase se elevase hasta la altura de verse convertida en caudillo de las masas oprimidas.

Las masas indígenas del llano respondían a los llamados de sublevarse empujados por su tremenda sed de tierra. Los criollos vivían, por lo menos en su mayor parte, de explotar a los siervos (pongos). Sobre esta realidad se levantaba la lucha de clases.

Durante los acontecimientos de la octava década del siglo XVIII se impone por su volumen e importancia la insurgencia criolla, que prácticamente sacude a todo el continente americano y alcanza mayor predicamento que la rebelión acaudillada por Tupac Amaru. Es partiendo de esta evidencia que no pocos sostienen que los múltiples pronunciamientos producidos en las ciudades latinoamericanas eran parte de la insurgencia campesina o que estaban en coordinación con los planes y organización del caudillo peruano.

a) La contradicción más importante durante la colonia era la existente entre los españoles europeos y los españoles americanos, antes que la que podía palpase entre la masa indígena o plebeya y los conquistadores. Para llegar a esta conclusión no nos detenemos únicamente en consideraciones demográficas o del grado de explotación y

miseria de los diferentes sectores sociales sino en aquellas que nos permiten percibir cuál clase social estaba capacitada para abrir la perspectiva de la estructuración de una nueva sociedad, lo que supone que en alguna manera encarnaba a las tendencias progresistas de la sociedad; en otras palabras, que tenía posibilidades de convertir sus propios intereses en intereses nacionales y de tomar en sus manos la solución (positiva o negativa) de los grandes problemas de los otros sectores. Aquí es donde radica la trascendencia de lo sucedido en el siglo XVIII, pues ya planteó como anticipo las soluciones correspondientes.

Los españoles peninsulares gozaban de una serie de privilegios, particularmente en materia de gobierno y del monopolio económico, y percibían tributos que pagaban los habitantes en general al conquistador. El ordenamiento impuesto por los españoles concluyó estrangulando el crecimiento de las fuerzas productivas, que se encarnaban en los criollos fundamentalmente. Los españoles europeos expresaban el estancamiento del continente y la perpetuación de su sometimiento a intereses foráneos. En ese período se planteaba con extrema agudeza el cumplimiento de las tareas democráticas, que tanto vale decir, la liberación continental y la liquidación de las formas económico-sociales semif feudales, a fin de abrir el camino al desarrollo del capitalismo. Es la naturaleza de la revolución la que permite al movimiento de los criollos adquirir grandes perspectivas y es la que limita en extremo los alcances y posibilidad de victoria de un movimiento puramente indígena. Los llamados plebeyos tampoco podían dar una solución positiva a la cuestión del cumplimiento de las tareas democráticas, pues más que ningún otro sector social entroncaban en la estructura semif feudal del país y estaban interesados en persistir en la producción artesanal, en su seno no aparecen claramente diferenciados los núcleos proletarios, por muy insignificantes que fuesen. Los españoles europeos forman la clase dominante por excelencia.

Los españoles americanos (criollos) eran integrantes de una verdadera aristocracia terrateniente, formada al amparo de un régimen jurídico impuesto por los conquistadores y que vivía fundamentalmente de la explotación inhumana de la gran masa indígena. El comercio con países de más alto desarrollo que España y la aparición de formas de producción capitalistas fortalecieron a los criollos, cuya ala izquierda, cierto que minoritaria, era francamente demócrata liberal e interesada en estructurar una sociedad burguesa. Los liberales criollos no sólo se inspiraban en la filosofía y política europeas, sobre todo francesa, sino, y principalmente, en el ejemplo norteamericano, y fueron ellos los que impusieron las ideas y la terminología demócratas en los documentos básicos de la independencia; que serán aplicadas de manera contradictoria y desvirtuada por las diversas capas de las que llegarán a ser clase dominante. Les gustaba hablar y discursar sobre la democracia formal, copiar las constituciones de los países europeos, pero se trataba de una democracia elitista, para uso exclusivo de la minoría opresora y de la que se marginó a la mayoría campesina, que, de igual manera que en los primeros años de la colonia no se la consideraba conformada por personas humanas, se le negaba capacidad para ejercer los derechos ciudadanos.

Teniendo acceso al poder económico y demostrando una gran tenacidad logró enriquecerse, hecho que fortaleció, de manera creciente, su poderío político. En forma limitada tenía acceso a los cargos administrativos de la colonia, pero su peso económico le obligó a luchar por lograr el dominio total del aparato estatal y por estructurar una sociedad que le permitiese convertirse en el único amo y explotar incontroladamente a la masa indígena. Existían poderosas razones para que el odio a los españoles europeos se convirtiese en orgullo de los "indianos", algunos de ellos, sinceramente o

no, expresaron su simpatía hacia Tupac Amaru, esto porque esperaban apoyar en éste su rebelión anti-monárquica.

Generalmente se considera a los criollos como una capa homogénea, sin fisuras y actuando en una única dirección. Un análisis superficial de los acontecimientos nos lleva al convencimiento de que en todas partes los españoles americanos se mostraron escindidos, siendo visible la aparición de tendencias derechistas (defensores de la explotación feudal del agro) e izquierdistas (inclinadas, en mayor o menor medida hacia la estructuración capitalista de la sociedad). Sí a los criollos se los considera como una unidad actuando en el escenario americano (sería arbitrario ignorar que estaba escindido por múltiples contradicciones internas), no podría explicarse por qué las tendencias conservadoras y progresistas afloraron cuando se trató de estructurar la unidad latinoamericana y crear pequeñas repúblicas, exactamente ajustadas a los intereses y necesidades feudales.

El atraso del Alto Perú determinó que la lucha política se expresase como caudillismo localista, hecho que se proyectará vigorosamente durante la república.

Los españoles americanos eran los únicos que demostraron tener capacidad histórica (lo que significa energía, del desarrollo mismo de la sociedad) para plantear las tareas democráticas y se puede decir que esto ocurrió en escala continental. Considerando aisladamente a cada país, se tiene el caso de que esos objetivos fueron parcialmente formulados y a veces cumplidos a medias, dependiendo ésta variante de qué hubiesen sido, unas veces, los grupos conservadores, y otras, los izquierdistas los que llegaron al poder.

b) Se habla de la plebe como de una masa colocada debajo de los criollos y se presta muy poca atención a los indios y a la lucha de clases. La plebe, llamada también masa mestiza, estaba formada por artesanos que eran su columna vertebral, por comerciantes minoristas, pequeños propietarios de las ciudades, de las ciudades, los primeros núcleos proletarios y las gentes que lindaban en el lumpen. Se trataba de una masa explotada y oprimida por los españoles europeos y también sometida a la explotación y al menosprecio de los criollos. Durante las luchas de la independencia fue carne de cañón y sobre sus hombros llegaron los criollos al poder, es decir, que se empleó a fondo para la victoria de sus opresores.

No se comete ninguna arbitrariedad al considerarla como artesana, cuyos objetivos y limitaciones estaban determinados por su naturaleza clasista. No tenía posibilidades de formular ni resolver las tareas democráticas, esto porque, hija de la colonia, no tenía ningún interés en la estructuración capitalista de la sociedad y su objetivo no era otro que el de conservar y perpetuarla producción basada en la técnica colonial y engrillada en los gremios. Sus intereses no podían transformarse en nacionales y, por esto mismo no podía convertirse en la dirección política del movimiento revolucionario. No desarrolló de manera independiente una política propia.

Allí donde se operó una profunda movilización revolucionaria, la masa plebeya no tardó en incorporarse y dio algunos pasos al margen de la aristocracia terrateniente. Unida con los criollos en la lucha contra los españoles-europeos, pugnó por aproximarse, cosa que realmente ocurrió a veces a los indígenas, toda vez que tuvo que oponerse a la aristocracia terrateniente. Su programa parece agotarse en el saqueo a chapetones y criollos y no muestra ninguna perspectiva para la reestructuración social.

c) Los indígenas constituían una indiscutible mayoría demográfica y seguramente eran los más explotados, prácticamente todo el edificio colonial se asentaba en ellos. Considerados menores de edad, eran materia de una frondosa legislación que tenía la pretensión de protegerlos y pesaba sobre ellos una serie de prohibiciones y limitaciones fijadas por ley. La estructura social de la colonia estaba rigurosamente reglamentada y en este sentido tenía mucho de estamental. Los indígenas, de la misma manera que los mestizos, zambos y pardos, que estaban por debajo de aquellos, no podían montar a caballo y no tenían acceso al esquema de las autoridades, etc, si se exceptúan a los curacas y caciques, que por razones administrativas fueron asimilados por los españoles. Los mestizos ocasionalmente formaron parte de las milicias, pero se dictaron disposiciones limitando y controlando su posesión de armas.

El problema máximo para los indígenas era la tierra, concentrada en manos de los españoles europeos y de los criollos (españoles americanos), a costa de la destrucción y arrinconamiento de las comunidades heredadas del incario. Se trataba de un problema de dimensiones nacionales, esto porque su falta de solución no permitía que la sociedad burguesa tuviese el suficiente fundamento material para desarrollarse. Un movimiento indígena puro (lo que supone a los indígenas dirigidos por ellos mismos, pero que hasta ahora no han conquistado su autodeterminación) sólo podía plantear, el problema agrario de una manera limitadísima: la restitución en favor de la comunidad de las tierras que fueron usurpadas por españoles y criollos, para mantener la comunidad como tal o, en el mejor de los casos, para parcelarla entre los colonos-siervos, para permanecer indefinidamente como pequeñas parcelas y todo como una etapa previa de la concentración de la tierra en la gran hacienda capitalista. Cuando los caciques rebelados y convertidos en caudillos revolucionarios plantearon, avencen con mucha insistencia, el retorno -históricamente hablando se trataba precisamente de eso- al incario, no era una expresión puramente sentimental, sino de una reivindicación que correspondía exactamente a la solución que buscaban al problema de la tierra.

Cuando los campesinos desarrollaron una real y larga lucha contra los españoles, se vieron obligados a buscar el apoyo de los criollos (la clase revolucionaria de las ciudades de esa época) y así entraban en una profunda contradicción en el punto fundamental de su programa: la cuestión de la tierra. Los caudillos indios más evolucionados y que de alguna manera percibían el desarrollo futuro cuestión de la tierra. Los caudillos indios más evolucionados y que de alguna manera percibían el desarrollo futuro de los acontecimientos comenzaron callando sobre una de las reivindicaciones más sentidas de las masas del agro y buscaron, por todos los medios, ganarse la confianza de los criollos: dijeron que su finalidad última era la de libertar a todos los nacidos en América (criollos, en primer lugar, indígenas, esclavos, etc.) Con mucha frecuencia adoptaron la misma táctica de los movimientos criollos: "Viva el Rey de España y abajo el mal gobierno", unas veces para ocultar, con finalidades tácticas, sus verdaderos objetivos y, creemos que con mayor frecuencia, para identificarse con los movimientos criollos. Los españoles nacidos en América, actuando con mentalidad inconfundible de latifundistas, dieron muestras inequívocas de que comprendían con claridad que un movimiento indígena autónomo o dirigido por ellos no podría menos que concluir arrancando por la fuerza la tierra usurpada por los criollos. La plebe apegada a los indígenas (no intentó dirigirlos políticamente) actuó como un aliado en los saqueos. Los dirigentes de segundo plano y los seguidores de Tupac Amaru, cediendo a la poderosa presión de las bases, no tuvieron más remedio que enarbolar la reivindicación de la tierra y en esa medida se alejaron de los criollos, pese a todas sus protestas de adhesión y defensa a todos los nacidos en América.

La reivindicación común de los insurgentes indígenas, criollos y mestizos era el repudio y la lucha contra el aumento de las gabelas, tributos y la creación de nuevas aduanas. Cuando los campesinos se levantaron contra la inicua explotación que importaba los repartos cedidos a los corregidores, podían esperar la simpatía y hasta el apoyo de criollos y mestizos. Sin embargo, los campesinos no pudieron contar con el apoyo militante de los criollos, esto porque no se daban las condiciones para que éstos marchasen dirigidos políticamente por aquellos, lo que habría significado la pérdida de sus intereses y de sus objetivos. Finalmente, vale la pena recordar que la gran rebelión campesina tuvo como bandera la lucha contra los repartos, la mita, las aduanas y los excesivos gravámenes. Sobre las relaciones de criollos, mestizos e indios, es significativa guerrilla de Ayopaya que actuaba simultáneamente a la movilización de una imponente masa de indios y cuyo número era aplastante con referencia a los guerrilleros. Normalmente, sus dirigentes elegidos en reuniones de algunos mandos, pertenecían a los criollos y mestizos, que ya presentían que los criollos-realistas, enemigos sanguinarios, acabarían cambiando de bando para "aprovecharse del árbol de la libertad", cosa que efectivamente sucedió. Desde 1820 se constata que los criollos que venían luchando en las tropas realistas se hacen patriotas y automáticamente llenan los puestos de dirección; elementos de las capas ricas del criollaje (latifundistas).

El comandante guerrillero Lira, identificado con los indios, fue ultimado, acusado de mantener relaciones con los chapetones. La indiada, comenzó a presionar sobre la guerrilla buscando el cambio de su dirección. Efectivamente, fue designado por voto como segundo comandante José Manuel Chinchilla.

En el seno del movimiento se conformaron dos "partidos", los que seguían la línea que en vida observó Lira y los fajardistas (fieles al primer comandante). La lucha de clases estaba patente: los indios, que buscan reivindicar la tierra, chocaron violentamente con los que en alguna forma eran partícipes del gamonalismo.

Los indios siguieron hostilizando a los mestizos y criollos, lo que determinó que estos últimos se esforzasen por superar sus divergencias aparentemente personales y que creciese la tendencia a sumarse a los realistas por temor a que la masa campesina pudiese acabar con ellos físicamente. ("Diario de un soldado de la independencia alto peruana", por el tambor mayor Vargas)

CAPÍTULO III

5. El levantamiento de Oruro de 1781

En el Siglo XVIII encontramos algunos casos de rebelión en los que las clases sociales de la colonia dan de sí todo lo que, pueden dar y que formulan anticipadamente el curso que seguirá posteriormente la historia. Uno de los más nítidos ejemplos tenemos en la rebelión criolla-indígena de Oruro, ocurrida el 10 de febrero de 1781.

Oruro se había convertido el asiento de una aristocracia criolla enriquecida por las actividades mineras. Igual que en Potosí; el gremio de los azogüeros era el eje económico y político. A fines del siglo XVIII la minería se encontraba en total ruina, lo que ocasionó un agudo malestar social: la plebe artesana se moría materialmente de hambre. Los criollos podían ser elegidos como autoridades, pero los chapetones sabían encontrar subterfugios para privarles de ese derecho. Los mineros enriquecidos buscaban afanosamente convertirse en dueños absolutos del poder, de aquí nació una antigua y punzante pugna con los españoles peninsulares. Desde épocas viejas se podía constatar el acercamiento de los mineros hacia los indios, a fin de utilizar a éstos como punta de lanza contra sus enemigos. En 1730 ya se tuvo el caso de una rebelión mestiza condimentada con agitación de campesinos.

Los criollos insurreccionaron a la plebe y convocaron a los indios de la región orureña para aplastar a los chapetones y convertirse ellos en autoridades. Al desarrollarse los acontecimientos se pudo palpar la alianza de campesinos y plebe y así los "patriotas" se vieron colocados entre dos fuegos: los peninsulares y las masas. Los rebeldes de ayer se unieron a los opresores (chapetones) para poder ahogar en sangre a los que fueron sus aliados y así defender sus haciendas y sus riquezas.

Las noticias de los sucesos de Chayanta y de Tinta obligaron a las autoridades a convocar a los milicianos, formados en su mayor parte por la plebe artesana. La masa en posesión de las armas de fuego se tornó amenazante no sólo para los peninsulares sino también para los criollos. El monstruo se incorporaba y se tornó mucho más amenazante por la presencia de las turbas campesinas.

Los criollos para justificar su ataque y asesinato de los chapetones hicieron correr el rumor en las proximidades del cuartel de que estos últimos tenían planeado asesinar a los "cholos".

El 9 de febrero de 1781 los milicianos son sacados del cuartel por los españoles. Los agitadores son los criollos que llevan a las mujeres para difundir la especie de que van a ser pasados a degüello por los españoles, un pretexto para ganar las calles. La multitud se dirige a la casa del minero Jacinto Rodríguez, que les instruye irse a sus casas. En esta situación aparece como caudillo el "cholo" Sebastián Pagador y pronuncia su famoso discurso: "ha llegado la hora de acabar con toda esa casta maldita de los españoles", en realidad era una actitud que está señalando la urgencia de romper la vinculación con la Corona de España. Las autoridades ante este levantamiento popular criollo huyen a Cochabamba, pero no pueden encontrar ningún apoyo porque también está convulsionada esta ciudad. Los rebeldes nombran a Jacinto Rodríguez como Justicia Mayor. Hemos dicho que éste es un minero rico y resulta curiosa la táctica, aunque explicable, de los españoles; no señalan como a los culpables de esta rebelión popular a los criollos, sino a los mestizos y a los indios, aunque éstos no estaban todavía en la revuelta.

Jacinto Rodríguez, elevado y convertido en Justicia Mayor por la plebe, estaba, estaba preocupado en legitimar su cargo ante las autoridades españolas, que logra después de que fueron derrotados los rebeldes, los indios, etc.; era pues un típico representante de la aristocracia criolla del Siglo XVIII. Se comprende que este "caudillo" se colocase a la cabeza de los indígenas alzados para embridarlas y evitar sus excesos; él, en realidad, buscaba un título como aristócrata criollo, empeñado en ser Justicia Mayor con todas las bendiciones legales de la autoridad.

No es extraña la conducta de un sacerdote; se trata del cura Gabriel Menéndez, un inspirador de la rebelión criolla, pero enemigo acérrimo de los indios.

El 13 de febrero de 1781 se convoca a cabildo abierto, el que confía el gobierno de Oruro a Jacinto Rodríguez: "es nombrado Justicia Mayor por la gran satisfacción de este congreso, por ser persona de conducta intachable (él era rico y trataba bien a los indios y explotados, tenía ascendencia), que con su actividad diaria pueda sosegar tan escandaloso conflicto, porque con motivo de haber sido juez, con ocasión del servicio minero y azogüero y el buen trato que les ha hecho como Justicia Mayor".

Se convoca a Conchupata a los indios y a los mineros que vivían en los alrededores de Oruro. En lo que ahora se conoce con el nombre de Ranchería vivían los indios. Se reúne un tumulto de 4.000 personas. De Conchupata descienden a la ciudad y asaltan la casa donde se habían refugiado los españoles con su dinero, con sus caudales; los españoles pretenden defenderse con sus armas, pero en esos momentos la multitud tiene más poder que los españoles, los cholos son más fuertes que los españoles y no solamente que los españoles, sino también que los criollos. La multitud arrasa con todos los que estaban refugiados en esa casa y los asesinan.

El Justicia Mayor tiene el problema de hacer desalojar a los indios que se habían ido concentrando en la ciudad y constituían un enorme peligro. Entonces el minero criollo, el aristócrata Rodríguez busca la forma de expulsar a los indios de la ciudad. Los primeros indios que participan en la rebelión son los pocos residentes de la ciudad de Oruro, los vecinos de la Ranchería, además de los indios arrastran a los mineros que trabajan en las cercanías. Pero, desde el 11 de febrero los indios de las comarcas Caracollo, Pari, etc, comienzan a llegar a Oruro para apuntalar a los criollos contra los españoles. Es claro que una masa como esa tenía que formular sus propios objetivos. Dos son las reivindicaciones que se plantearon: 1º., eliminar a los españoles, cosa que se hizo, muchos fueron muertos y algunos fugaron; 2º, exigir medios de subsistencia a los criollos ricos (el poderío económico estaba dividido entre criollos y españoles) y, lo más importante, la cesión de las tierras que detentaban.

Por todo esto, para Jacinto Rodríguez se presentaba como el problema número uno la expulsión de los indios. Se presentó una fricción entre criollos y mestizos (artesanos y otras ocupaciones). Los mestizos no solo querían la riqueza de los criollos sino también el control de la ciudad y lo grave era que estos tendían a aliarse con los indios, columna vertebral de la rebelión.

Los criollos, que se encontraban en minoría con referencia a los mestizos, tenían el plan de poder quitarles las armas y colocarlos en la vanguardia de las fricciones con los indios y en cierta medida hacen eso en el caso de Pagador, que era mestizo, y que Jacinto Rodríguez lo entrega a los indios para que lo descuarticen. Jacinto Rodríguez y los criollos convocan a los indios a reunión y les agradecen los servicios prestados, indicándoles que deben regresar a sus comarcas y en reconocimiento les prometen entregarles un peso de la época (a cada uno), y sacan dinero de las cajas reales, las que estaban permanentemente amenazadas de ser asaltadas por los indios. Rodríguez dice que "hay más plata que se está guardando para recibir al Rey Tupac Amaru, a quien esperamos que llegue por minutos"; los indios reciben el peso pero no se retiran, permaneciendo en la población. No quieren ceder en su pedido de cesión de la tierra; el gobierno de los criollos en realidad puso en cuarentena el pago de los tributos, pero es claro que no puede solucionar el problema de la tierra, los indios no quieren

abandonar Oruro hasta tanto no se les entregue todas las haciendas.

El cacique Lupe Chungara indicó que, tenía 40.000 indios para defender Oruro y con él hacen una maniobra los criollos: firman las escrituras de cesión de las tierras a las comunidades de Chungara y efectivamente les dan. Los criollos ante el peligro de perder todo ceden y con ayuda de Chungara logran expulsar a los campesinos de Oruro el 16 de octubre.

El 13 de marzo de 1782 es asesinado Lupe Chungara por los indios por oponerse a una nueva invasión a Oruro. Los campesinos asaltan la casa de Jacinto Rodríguez. No se deja esperar la represión a las milicias, los invasores son derrotados y las milicias van a sus poblaciones y arrasan todo lo que encuentran. El 19 de marzo tiene lugar la tercera invasión de Carangas, Pari, Pacajes, etc.; rechazados los indígenas huyen a los cerros, a las colinas próximas de Oruro, donde se produce una gran batalla y quedan 120 muertos en las serranías. En la operación punitiva participan criollos, españoles y mestizos. Los clérigos forman una compañía especial. Los criollos han perdonado a los españoles y les han convocado a defenderse contra los indios, que así lo hacen y queda sellada de nuevo la alianza española-criolla contra la amenaza de los indios. Las condiciones sociales y políticas imperantes no permiten la materialización de la victoria final campesina, la tornan inviable.

Mientras tanto Rodríguez, el Justicia Mayor, que nace de una insurrección popular, ordena a los mestizos y artesanos, devuelvan la plata que hubiesen robado a los españoles.

Cuando los indios dominaba la ciudad, obligaron a los criollos y a toda la población a usar vestimenta autóctona, ojotas y a mascar coca, Jacinto Rodríguez se manda hacer esa vestimenta de terciopelo con aditamentos de oro puro y tiene que acullicar. En la 2a. invasión de Oruro, Pagador arranca el escudo de armas de una oficina y lo pisotea conjuntamente con los indios, expresando así una decisión de acabar con la dominación española.

CAPÍTULO IV

6. La revolución puramente india

Limitándonos al Alto y Bajo Perú, debemos preguntarnos: ¿durante la colonia, para qué tipo de revolución maduraron las condiciones económicas y sociales?, ¿La mecánica de clases imperante podía asegurar la victoria de una revolución puramente india? Algunos de estos datos han sido esquemáticamente planteados más arriba. Tiene que buscarse en el rol cumplido por las diferentes clases sociales la respuesta a tales preguntas.

La América en su conjunto y dentro de ella la zona que era asiento de las más grandes concentraciones campesinas, iban madurando, en el mejor de los casos, para la revolución democrático-burguesa y no para ninguna otra. Si se tiene en cuenta que estaba ausente la burguesía revolucionaria -sus débiles brotes no lograron una adecuada

expresión- y que los criollos se apoyaban en el trabajo servil y no en el asalariado, es explicable que esa revolución, que en el plano de una ambiciosa perspectiva podía esbozarse como burguesa y capaz de estructurar una amplísima democracia, se hubiese trocado en una caricatura, en una frustración. La clave tiene que buscarse en el hecho de que los criollos tenían un pie firmemente metido en el modo de producción precapitalista y que estaban obligados a defenderlo porque de ahí extraían su poderío económico.

Esto explica por qué los criollos, o por lo menos una parte de ellos, eran los únicos que podían jugar un rol relativamente progresista. Los campesinos y los mestizos demostraron mucha heroicidad y fueron el elemento fundamental de todo el proceso de radicalización y de la victoria, pero, dadas las condiciones imperantes, no podían jugar un rol progresista y autónomo.

La revolución democrático-burguesa durante el siglo XVIII sólo podía ser debidamente cumplida si se contaba con una burguesía revolucionaria. Medio siglo después, en 1809, se demostró que esa clase revolucionaria estaba ausente, o por lo menos, en gran parte. Mientras no se podían cumplir las tareas democráticas en América, en Europa y Norte América el capitalismo pujante iba penetrando lentamente por todos los rincones del mundo. De esta manera no hubo materialmente tiempo para el desarrollo orgánico e interno del capitalismo. Para toda América el capitalismo fue fenómeno exterior, cierto que de una manera dispar, subordinado a intereses de la metrópoli.

El dilema planteado no era otro que el superar la sociedad colonial o bien perpetuarla y es dentro de este esquema que deben considerarse las fuerzas progresistas y retrógradas. Ya hemos indicado que sólo los criollos podían abrir las perspectivas hacia el porvenir; campesinos y plebeyos pugnaban por continuar bajo las formas productivas coloniales o retornar al incario, introduciendo reformas, importantes o no, al régimen jurídico imperante. Casi todos los caudillos campesinos comenzaron su labor política peregrinando por todos los tribunales en busca del fiel cumplimiento de la legislación de Indias.

Planteemonos en el plano hipotético: ¿qué hubiera ocurrido si hubiesen triunfado las sublevaciones indígenas o plebeyas?

a) Los imponentes levantamientos indígenas y criollos del siglo XVIII vuelven a confirmar que los movimientos campesinos anuncian la revolución burguesa o bien la acompañan. Lo que tiene que descartarse es la victoria de una "revolución" puramente campesina, lo que supondría el monopolio del aparato estatal en manos de los explotados del agro y la estructuración de una sociedad campesina, diferente a la feudal y capitalista. Como se ve, se trataría de un camino excepcional para las regiones densamente pobladas por campesinos en alguna forma entroncados en las formas de producción pre-capitalistas. Adquiere importancia este planteamiento porque nuevamente se pretende encuadrar al movimiento revolucionario dentro de él. En el mejor de los casos se hubiese dado un retorno al incario.

Si en nuestra época hubiese posibilidad de la victoria de una revolución india, el proletariado vería cerradas las puertas para convertirse en caudillo nacional (sólo así la revolución obrera se convierte en mayoritaria) y la sociedad en su conjunto retrocedería a la etapa precapitalista. La naturaleza de toda sociedad, está determinada por el desarrollo de las fuerzas productivas y la correspondiente ubicación de los medios

de producción en manos de tal o cual clase social. La sociedad campesina sería una sociedad de pequeños propietarios, que históricamente aparecieron en los albores de la revolución burguesa. Esa sociedad campesina -hipotética en nuestro planteamiento- no tendría posibilidades de gran desarrollo económico, pues no tendría más perspectiva que sucumbir en manos del imperialismo o ser absorbida por la sociedad socialista.

El triunfo de la rebelión campesina en el siglo XVIII contra las clases fundamentales de los centros urbanos, hubiese concluido atomizándose en infinidad de caudillos en guerra perpetua entre sí, sin dar oportunidad a la estructuración de un poderoso Estado, que ha sido una de las creaciones de la burguesía. La aparición de "presidentes" indios en los albores del siglo XX confirma lo que decimos.

La dirección política de la insurgencia campesina en el pasado no planteó en ningún momento, como lo hacen ahora algunos "teóricos" alquilados por la contrarrevolución, un movimiento totalmente aislado del resto de los otros sectores sociales como si se tratase de luchar contra todos y triunfar sobre ellos. Contrariamente, Tupac Amaru y sus seguidores formularon la urgencia de ganar la confianza de los españoles americanos y de la masa plebeya, no se les ocurría el poder triunfar contra estos sectores y llegaron al extremo de hacerles importantísimas concesiones programáticas, lo que viene a demostrar la importancia que daban a esta táctica.

La victoria de una "revolución" india pura no pasa de ser un planteamiento utópico y en determinadas condiciones (que se dan en nuestra época) concluye como arma de la reacción y hasta del imperialismo.

El nacionalismo de contenido burgués (el MNR y todas sus ramas), vivamente interesado en controlar a las masas en general; no ve con buenos ojos la alianza obrero-campesina, sino que pugna por estructurar la unidad nacional bajo su dirección. Así se pretende remachar las cadenas de la mayoría oprimida. La reacción burguesa fascista (gorilismo) se empeñó en apoyarse en los hombres del agro (pacto militar-campesino), para volcarlos contra el proletariado, buscando así rechazar la arremetida de éste. Los Estados Unidos proporcionan soporte económico a todo proyecto que tienda a separar a obreros y campesinos.

Ni en el siglo XVIII ni en nuestros días un movimiento semejante puede plantearse y resolver la revolución democrático burguesa, que es a donde conduce el desarrollo y madurez de la sociedad de rasgos feudales, considerada de una manera general. Si tomamos en cuenta a las formaciones económico-sociales como formaciones histórico-naturales, es evidente que la sociedad sólo puede plantearse lo que puede resolver, vale decir, las tareas para las que han madurado. Marx escribió en su prólogo a "El Capital" de 1867:- "Aunque una sociedad haya encontrado el rastro de la ley natural con arreglo a la cual se mueve, jamás podrá saltar ni descartar por decreto las fases naturales de su desarrollo. Podrá únicamente acortar y mitigar los dolores del parto". Con mayor razón no puede decretar la suspensión de la ley natural, de su desarrollo y apartarse completamente de las fases por las cuales debe pasar como consecuencia de su propio desenvolvimiento, que no otra cosa significaba en el siglo XVIII y significaría ahora, con mayor razón, el pregonado retorno al incario.

En favor de la tesis de la "revolución" puramente campesina, podría argumentarse recordando que en el siglo XVIII no existía prácticamente el proletariado y que, por tanto, los campesinos podían plantearse el paso directo al socialismo; tampoco existía

una burguesía poderosa capaz de ahogar con su indiscutible peso las aspiraciones propias de las otras clases. Dicho de otra manera, la falta de un poderoso desarrollo de los elementos materiales del capitalismo habría dado margen a la aparición de tendencias indígenas puras.

El desarrollo posterior de la sociedad, caracterizado por la penetración capitalista y la aparición del proletariado, cuyo importancia política está en relación inversa a la insignificancia de los núcleos burgueses nacionales, tornan mucho más utópica la posibilidad de una "revolución" puramente indígena y la estructuración de la sociedad campesina.

En 1809 la insurgencia de las masas explotadas encontró a su dirección en los criollos y una parte de los campesinos llevaron en sus hombros a aquellos hasta el poder. Si en esta época de capitalismo combinado no hay lugar para un movimiento independiente campesino, los explotados del agro encontrarán la solución de sus problemas vitales por acción de la clase obrera y los levantamientos revolucionarios de aquellos permitirán al proletariado llegar al poder.

Es un hecho por demás sugerente el que los indios no hubiesen tomado como su propia causa las luchas por la independencia (siglo XIX). Una parte apoyó a los patriotas, otra a los chapetones y los sectores mayoritarios quedaron indiferentes. Los criollos peninsulares usaban a los campesinos como fuerzas auxiliares (traslado de vituallas, provisión de alimentos, etc.) y no como parte integrante de sus tropas.

En el Perú hubieron guerrillas contra los colombianos y cuando éstos pasaban al Alto Perú, fueron prácticamente desnudados por los moradores de la región. Sabían que chapetones y criollos eran sus explotadores.

El campesinado por sus características de clase, determinadas por estar asentado en la economía natural (extrema dispersión, aislamiento de las comarcas agrícolas, concentración del agricultor y del artesano en una sola persona, bajísimo nivel cultural, etc.), no puede adquirir una elevada conciencia de clase y no se transforma en partido político. Durante el descomunal alzamiento indígena de 1781 la dirección estuvo confinada en los caciques, que invocaban en su favor su linaje real y eran llamados incas, pese a que la gran masa del agro fue oprimida y explotada durante el incario. Se observó como regla que los indios ofrecían una tremenda resistencia a la disciplina y su moral de lucha sufría una profunda baja no bien eran apresados o muertos sus jefes. El ejército español pudo destrozarse moralmente a los alzados y casi todos los caudillos cayeron presos o fueron muertos como consecuencia de la traición de los propios indios. No se pudo observar la estructuración de una verdadera vanguardia de los insurgentes, capaz de mantener en alto la bandera de la revolución. En cierta manera, fueron los pocos criollos y mestizos que se sumaron a la rebelión, los que cumplieron ese papel.

En la actualidad, la vanguardia politizada y portadora de las ideas confusas e incoherentes de la revolución india no está formada por campesinos propiamente dichos, sino por artesanos; asentados en las ciudades y hasta profesionales, es decir, por elementos que han roto con el agro y se han integrado a las clases sociales de los centros urbanos.

b) De una manera general los artesanos, pequeños comerciantes, etc., se movilizaron detrás de los criollos, sirviéndoles de fuerza de choque, de la sangre generosamente derramada. En este caso contribuyeron en mucho a la victoria de los criollos. En estas luchas era la plebe la que destruía aduanas y estancos.

Sin embargo, no pocas veces los mestizos chocaron violentamente con los criollos y entonces se limitaban, en caso de éxito, a saquear sus riquezas. No se conocen actos en los que la plebe hubiese formulado la urgencia de constituirse en grupo social gobernante.

Hemos indicado que también marcharon junto con los campesinos contra los chapetones o los criollos, No tenían razones para oponerse a la reconquista de la tierra por sus ex-dueños, pero no pugnaron por ser dirección política y cuando los levantamientos indígenas cobraron belicosidad y se presentaron con caracteres independientes, los mestizos se colocaron al lado de los criollos.

Está señalado que los artesanos pugnaban por continuar manteniendo en pie las formas de producción típicas de la colonia. No es siquiera concebible una sociedad estructurada conforme a los intereses de los pequeños productores.

c) La historia siguió el camino de la revolución multitudinaria dirigida por los criollos y la victoria los convirtió en amos del aparato estatal. Hemos ya puntualizado las razones por las cuales las tareas históricas de clase no fueron totalmente cumplidas.

Sobre quién debía dirigir el proceso revolucionario, o era capaz de hacerlo, no es necesario ya discutir teóricamente, se trata de un hecho consumado que únicamente, corresponde constatarlo.

Es tiempo de señalar con claridad, que la causa de la derrota del grandioso levantamiento acaudillado por Tupac Amaro y los Cataris se debió básicamente a que la clase revolucionaria de las ciudades de ese entonces no logró colocarse a su cabeza, o no existieron condiciones favorables para que esto ocurriese. Consideramos que no pudo consumarse este fenómeno porque los campesinos no se presentaron como sector social dispuesto a arrastrar a las otras clases sociales y, por tanto, los objetivos vitales de los criollos aparecían postergados y en peligro.

Si consideramos los otros elementos de importancia en la lucha revolucionaria: número, disciplina, organización, armamento, etc, podemos concluir que nunca más volvieron los explotados del agro a levantarse en condiciones tan favorables. Se insiste mucho en que la causa del fracaso se debe a que los indios no poseían armas y no las sabían manejar. Las fallas en esta materia fueron subsanadas con el material bélico logrado a costa del propio ejército realista y gracias a la ayuda de mestizos y criollos que se prestaron a servir en la artillería de los insurgentes. Tampoco se puede negar que el estado de guerra existente entre Inglaterra y España constituía un elemento de mucho valor en favor de los insurgentes.

La derrota campesina demostró que ésta no podía ser clase políticamente dirigente, sino masa dirigida por los revolucionarios de las ciudades.

Las consecuencias de la derrota campesina fueron negativas y descomunales para el desarrollo económico-social de los dos Perús. Su profundidad debe considerarse en relación con la tremenda frustración que significó para la revolución democrática, pues no se planteaba ninguna otra cosa.

No pudo sellarse por muchas razones, algunas de la cuales han sido apuntadas más arriba, la alianza entre la ciudad y el campo, en la única forma que podía darse entonces: el levantamiento campesino dirigido por los criollos.

Si se tienen en cuenta las dificultades de comunicación entonces imperantes y la ausencia de automotores, se puede decir que la rebelión fue rápidamente aplastada (alrededor de dos años), sobre todo considerando que las operaciones abarcaron grandes extensiones territoriales.

La victoria del movimiento de Tupac Amaru, si habría contado con la dirección de una burguesa revolucionaria, podría haber destruido los grandes latifundios, para fortalecer las comunidades y crear una amplia capa de pequeños propietarios.

El posterior desarrollo del capitalismo habría tenido como punto de partida la expropiación de estos últimos, para convertir a los campesinos en fuerza de trabajo dispuesta a proletarizarse. Así se cerró la perspectiva de un pleno desarrollo de la sociedad capitalista.

El desarrollo de los acontecimientos históricos en la región andina del continente en ningún momento mostró atisbos de que podía orientarse hacia el cumplimiento de la revolución democrático-burguesa. Los grupos de criollos no buscaron asentarse en la sublevación campesina por considerarla en todo momento impropia a sus intereses materiales, porque necesariamente se encaminaba a desembocar en la recuperación de la tierra usurpada por el criollaje.

Las causas de la derrota de la imponente sublevación campesina del siglo XVIII señaladas por nosotros, coinciden de manera general con las conclusiones a las que llega Federico Engels cuando analiza las guerras campesinas en Alemania en el siglo XVI.

CAPÍTULO V

7. Perspectivas

En 1781, la más grande rebelión india no trajo la liberación de esta masa. El cerco que se le tendió desde afuera la aisló, precipitando así su hundimiento.

Las condiciones en esa época, particularmente en el Alto Perú: ausencia del proletariado como clase y la obligada relación entre criollos y artesanos, falta de basamento material para un inmediato desarrollo capitalista pleno, no favorecían al planteamiento y esperanza de victoria de una rebelión de ese tipo. En otras palabras, no sostenemos que podía darse su éxito final, sino de que el empeño podía adquirir considerable dimensión como permanencia en la lucha y como proyecto.

Extraña que a la derrota no hubiese seguido una larguísima guerra de guerrillas, que, como se demostró en 1809, constituye caldo de cultivo del localismo caudillista. Esta última variante era del todo viable y falta estudiar los factores concretos que impidieron su materialización. Se impone la evidencia de que la ejecución de Tupaj Katari dispersó de inmediato a los indios alzados.

En la actualidad, dado el desarrollo alcanzado por la economía mundial (también el indigenismo se ha internacionalizado) y la presencia del proletariado como clase, las condiciones son del todo desfavorables para la victoria definitiva de un alzamiento puramente indio, aunque fuese general.

Podemos concluir que ya en el siglo XVIII la "revolución puramente india" aparece como imposible. La liberación de los campesinos no podía darse por este camino. A la masa del agro le faltó expresarse políticamente a través de la clase revolucionaria de la ciudad. Ni siquiera su ocasional alianza con los artesanos podía convertirse en cauce liberador, esto porque los hombres del taller artesanal miraban hacia atrás, hacia el pasado, y no hacia adelante, hacia el futuro.

Por las condiciones en las que se dio (nos referimos a su aislamiento frente a la ciudad), se trataba de un movimiento condenado al fracaso de manera anticipada. La "revolución india" se ahogó en su propia impotencia; no ignoramos la sangrienta represión ejercitada por parte de los españoles.

Tampoco podía conducir a la emancipación de España, porque, como han demostrado los acontecimientos, para eso fue preciso la unidad en los centros urbanos de los adversarios de los chapetones y el relativo apoyo del campo.

Se diluyó en la utopía por la imposibilidad material de estructurar una sociedad campesina.

No es preciso recalcar que la independencia del Alto Perú fue para los indios el remachamiento de sus cadenas y no su liberación. No se equivocaron los que instintivamente columbraron este peligro.

La liberación india se tornó imposible porque los criollos, caudillos políticos de estas luchas, eran ya sus opresores y explotadores. Los indios que apoyaron a los patriotas apoyaron a sus verdugos, fueron contra sus intereses. Sin embargo, fuera del ámbito de los criollos tampoco existían vías que llevaran a esa liberación.

Durante la finisecular "revolución federal" se dio el caso de la unidad de la masa campesina alzada en armas y protagonizando la guerra de guerrillas, con el movimiento político de la ciudad, en cuyo seno estaban ya presentes algunos brotes proletarios.

La dirección política del movimiento revolucionario se conformó por el sector social que ya anunciaba a la feudal burguesía, que en momento alguno logró abandonar la explotación de los siervos. Juntamente con los comerciantes enriquecidos del Norte del país estructuró el Partido Liberal, que actuó como dirección política de los alzados. Esta vez los indios no fueron simplemente auxiliares de los federales, sino masa actuante, armada, y que demostró tener capacidad de decidir la suerte de muchas acciones bélicas. Se levantaron buscando reivindicar la tierra y estaban seguros que Pando era su libertador. Pese a todo, la frustración estaba ya determinada desde los primeros

momentos.

Los liberales, entroncados en el comercio y en menor medida en la minería, eran en sus capas más elevadas latifundistas, por esto mismo no podían resolver el problema de la tierra y libertar a los indígenas, estaban obligados a utilizar la capacidad compulsiva y represiva del Estado para obligar a sus aliados de la víspera a seguir siendo pongos. Los indios resistieron y el camino a su esclavitud estuvo cubierto de sus cadáveres. En los Wilca, Jarro, etc., cobra corporeidad el holocausto de los hijos de esta tierra.

Porque el agro convulsionado, fuerza poderosa que aplastó al ejército regular de Alonso, encontró su dirección política en la primera formación partidista feudal-burguesa, el Partido Liberal, su emancipación tampoco fue posible en esta oportunidad.

A su turno, la no solución del agudo problema de la tierra impidió a los liberales impulsar el desarrollo capitalista independiente de toda la economía, no tuvieron más camino que convertirse en instrumentos del capital foráneo y así la feudal-burguesía cerró las posibilidades de su propio desarrollo. El Estado nacional perdió su soberanía y desde entonces la liberación nacional constituye una de las tareas prioritarias a cumplirse.

La larga serie de levantamientos campesinos que siguen son explosiones locales que no logran adquirir las dimensiones de los movimientos señalados más arriba.

Durante el sexenio rosquero (1946-52) los campesinos, cuya organización y luchas conocieron el impulso del nacionalismo en el poder, no cesaron de rebelarse. Los levantamientos se convirtieron en el escenario de las movilizaciones de masas y de todas las luchas políticas. Se planteaba en los hechos y con toda nitidez la urgencia de recuperar la tierra de manos del gamonalismo.

En 1952 los campesinos se incorporan a la lucha con las armas en la mano, lamentablemente cuando la clase obrera, después de la nacionalización de las minas del 31 de octubre, ingresa a una momentánea depresión ocupan directamente la tierra y proceden al reparto negro. El Decreto de Reforma Agraria del MNR en el poder del 2 de agosto de 1952, hace retroceder a la masa insurrecta y logra salvar parte de los intereses del gamonalismo. Al gran latifundio sustituye la pequeña parcela que no permite maquinizar al agro y tampoco sacar a los campesinos de su desesperante miseria. En medio de una agricultura extensiva y de rudimentaria tecnología, los campesinos siguen sedientos de tierra.

El fracaso de la reforma agraria movimientista ha demostrado que la burguesía nativa no tiene capacidad alguna para realizar las tareas democrático-burguesas, superar el atraso e impulsar el desarrollo económico dentro de las limitaciones capitalistas.

En todo este proceso el campesinado se abandonó en brazos de los gobiernos movimientistas y nacionalistas en general y sólo por breve tiempo (inmediatamente después del 9 de abril de 1952) siguió el camino señalado por el partido de la clase obrera, el Partido Obrero Revolucionario. De esta manera, la heroicidad y persistencia en la lucha, su interminable movilización, se tradujeron en la estabilidad, y fortalecimiento de los regímenes movimientistas y no en la liberación de los indios, actualmente sumidos en la miseria, en el pongueaje político, en la impotencia para poder superar el precapitalismo.

La revolución movimientista pretendió sin éxito resolver el problema de la tierra, esta frustración se tradujo en la imposibilidad de la liberación india.

8. La revolución proletaria liberara al indio

Esta larguísima experiencia de los movimientos campesinos luchando bajo direcciones extrañas, no se traduce en vivencia actuante para los indios de hoy: éstos reaccionan teniendo presente lo que consideran traiciones del nacionalismo y particularmente de la UDP, cuyo gobierno no ha podido solucionar los problemas cotidianos que se plantean en el agro. Es partiendo de este hecho, de la imposibilidad de los indios de salir de una situación que se ha tornado insoportable, que éstos se desplazan, cada día más atrevidamente hacia las posiciones del proletariado, se radicalizan de manera extrema. La burguesía nativa no puede ni siquiera solucionar la demanda de que los productos agropecuarios venidos de las proximidades de las ciudades se vendan a mejores precios. Hasta ahora la producción capitalista siempre ha buscado disminuir sus costos imponiendo precios artificiales y bajos a la producción del campo.

Una de las grandes cuestiones que emergen de la realidad que vivimos se refiere a la superación del excesivo parcelamiento de la tierra, que así es improductiva y fuente de miseria y atraso.

Por primera vez en la historia quedan planteadas las premisas sociales y políticas para poder efectivizar la liberación india.

El actual proceso político tiende a sellar la alianza obrero-campesina. La situación revolucionaria que se vive puede (no decimos que conduce indefectiblemente) desembocar en una situación insurreccional proyectada hacia la conquista del poder por el proletariado, actuando como caudillo nacional. Las luchas campesinas son el marco de desarrollo de todo este fenómeno.

Hemos indicado que los campesinos llevarán al proletariado al poder, determinarán la victoria de una revolución hecha por primera vez al servicio de la mayoría nacional. Claro que tampoco ahora hay lugar para la revolución puramente india, la revolución liberadora de los oprimidos del agro, por su dirección política, será proletaria.

No se trata de una promesa que corresponda a una politiquería barata y demagógica. El proletariado liberará obligadamente a su aliado por su propia naturaleza de clase, Ya sabemos que para libertarse tiene que libertar a toda la sociedad, que la revolución por él dirigida no se detendrá hasta no acabar con toda forma de opresión de clase. El proletariado toma el poder y estructura un nuevo Estado, basado en los órganos de poder de las masas que actuaron durante la lucha contra la burguesía, no para perpetuarse como clase dominante, no para modelar la sociedad a su imagen, que supone explotación y opresión, sino para la desaparición de las clases sociales, que importará la desaparición del Estado y del propio proletariado.

El desarrollo de la revolución proletaria libertará al indio de manera necesaria, inclusive violentando los intereses momentáneos u ocasionales de éste. Dicho de otra manera: no puede concebirse la liberación de la clase obrera al margen de la liberación de los campesinos, que se convierte en el necesario pre-requisito de la sociedad sin clases y

sin Estado, de la sociedad comunista.

La lucha revolucionaria sería inconcebible al margen de la unidad de toda la nación oprimida dentro de la estrategia del proletariado: la mayoría campesina lleva al poder a la minoría obrera. En esta etapa los objetivos de la lucha se homogeneizan en cierta medida. La dictadura del proletariado supone para éste su afirmación como clase y, por tanto, el planteamiento de sus diferencias de tareas e intereses con referencia a sus aliados. La lucha de clases, además de la lucha a muerte del nuevo Estado contra los resabios burgueses, adquirirá esta modalidad y a través de ella tendrá lugar el proceso revolucionario.

En el empeño de dirigir todos los recursos hacia el comunismo, no podrá menos que plantearse la necesidad de sustituir la pequeña parcela individual por la granja colectiva (esta vez la tierra será revolucionada profundamente). No se puede ignorar que este tránsito estará erizado de dificultades, dependiendo su efectivización del grado de industrialización de las ciudades, fenómeno inseparable de la marcha de la economía nacional e internacional. Habrá que vencer la resistencia del pequeño propietario, a deshacerse de su pequeña parcela que genera únicamente miseria. El tránsito a la granja colectiva, de manera directa o utilizando formas intermedias, será más o menos dolorosa según lo que pueda ofrecer la ciudad, según la capacidad del gobierno obrero para orientar a los campesinos, con ayuda de granjas modelos, hacia la colectivización, base material de la liberación de los indios. El progreso y afirmación del proceso revolucionario de un país es parte de la revolución proletaria mundial.

Por otro lado, el gobierno obrero, del que los campesinos serán su soporte decisivo, resolverá de manera radical y por primera vez, el problema nacional. En esta etapa de la lucha revolucionaria se esfuman los rasgos nacionales de aymaras, quechuas, etc., pero no tardarán en afirmarse vigorosamente bajo la dictadura del proletariado. El gobierno obrero respetará en toda su amplitud el derecho a la autodeterminación de las naciones actualmente oprimidas por una minoría que detenta el Estado. Esas naciones podrán estructurarse como Estados e inclusive separarse del Estado central, para luego federarse, si así lo desean. La liberación del proletariado no puede concebirse si persiste la opresión nacional de tal o cual grupo nacional.

La imposible revolución puramente india, la separación y choque entre campesinos y proletariado, la teoría racista de que todos los blancos, por encima de toda consideración clasista, son enemigos de los oprimidos del agro, etc., constituyen teorías y práctica reaccionarias, porque se oponen a la efectivización de la liberación de los indios, porque marchan contra las tendencias fundamentales de la historia y porque se empeñan en hacer imposible la revolución proletaria, la única alternativa revolucionaria en nuestra época.SS

Mayo de 1984